

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

DECIMO CUARTO DOMINGO durante el año

3 de julio de 2005.

Mateo 11, 25-30

1.- La torpeza popularizada. Los “pequeños” del Evangelio son como Jesús: “pacientes y humildes de corazón”. Virtudes ocultas, poco estimadas entre los valores cotizados como principales en la sociedad contemporánea. La oración de Jesús al Padre conmueve por su transparencia y honestidad. Su percepción de la sabiduría de los pequeños inspira un acto de gratitud al Padre: *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado*

<sup>[1]</sup>*a los pequeños”*. No es por una ocurrencia inexplicable de Dios que los pequeños entienden y no quienes no lo son. La pequeñez evangélica no es una minusvalía intelectual sino una disposición del espíritu para aprender la verdad que Dios otorga misericordiosamente. La sobreestimación, tan común en nuestra sociedad, es tan perniciosa como la subestimación. Deforma la mente e incapacita para la correspondiente percepción de la Verdad revelada por Dios. Es el gran obstáculo interpuesto en el sendero que conduce a la auténtica sabiduría. La torpeza intelectual y moral, que caracteriza a algunas expresiones de la cultura contemporánea, tiene mucho que ver con la deformación mencionada y popularizada. Es urgente que la educación – en sus diversas expresiones – revierta ese estado de malformación y contraataque saludablemente el mal divulgado. Las insistentes exhortaciones de Jesús, y de sus discípulos Apóstoles, se refieren a la ejemplaridad de la niñez para el ingreso al Reino. La madurez se logra en la simplicidad y humildad de los “pequeños”. Es preciso no confundir pequeñez con inmadurez, niños para el Reino con incapacidad, simple habilidad con el verdadero conocimiento de la verdad.

2.- Identidad marcada a fuego. Se detectan graves errores tanto en las ideas como en los comportamientos. Si no fuera así los padecimientos del mundo no serían tantos y tan abrumadores. ¿Por qué cometemos numerosas y graves equivocaciones? ¿Por qué obramos en contradicción con los principios morales más sagrados? Porque hemos perdido la capacidad de pensar y obrar rectamente. El desacierto es fruto de un empecinamiento en el error y en la corrupción – ideológica o económica – que inexorablemente conduce a la ruina. Es la hora de aplicar el extraordinario remedio que Dios sigue ofreciendo. Me refiero al Misterio de Cristo, nuestra Pascua, que está actuando desde hace dos mil años y ha producido frutos extraordinarios de sabiduría y de virtud. Nuestra sociedad lo necesita si se propone responder al genio e identidad de su gente. La evangelización de la Iglesia Católica ha marcado a fuego esa identidad. Perduran los valores y principios emanados de la predicación misionera, pero, se han debilitado por causa de las toxinas que invadieron el pensamiento y las costumbres de personas e instituciones. No quisiera aparecer como fiscal de mis hermanos. Recuerdo la afirmación de Jesús: *“no he venido a juzgar sino a salvar”*. No es preciso cargar de tonos sombríos una realidad que no puede disimular que es sombría. Basta mirarla con misericordia, como la mira Dios, para no alarmarse ante sus profundas heridas y carencias. Junto a su clara manifestación se produce el propósito de cambiarla. Para ello se nos ofrece el proyecto que Dios, en su Cristo, ha diseñado. Observándolo no hay posibilidad de confundir sus términos o perder el rumbo. Jesús lo muestra realizado en Él y en quienes están dispuestos a seguirlo. Profesar la fe en Él es adoptar su estilo de vivir la historia y de abandonar la antihistoria causada por el pecado. No constituye una “vara mágica” que automatiza el cambio. Inaugura una nueva historia, la del hombre nuevo, que Él crea con su propia presencia de Hombre santo.

3.- El tragaluz de esperanza. Ante el hermetismo en el que se encuentran las diversas y

contradictorias actitudes sacamos la conclusión de que los errores son irreparables y las distancias infranqueables. Salta a nuestra vista la imposibilidad del cambio. Desde Cristo se abre un tragaluz de esperanza: “*no hay imposibles para Dios*”. Los hombres, auxiliados por Dios, pueden inscribirse en un estilo de ser – y comportarse – absolutamente nuevo. Lo inaugura el verdadero “Hombre Nuevo”, Jesucristo, y lo hace posible para quien quiera adoptarlo. Existen muchas expresiones evangélicas que lo confirman. El llamado a la conversión, que acompaña necesariamente a la predicación de Jesús y de su Iglesia, es ofrecimiento de gracia que la posibilita. Requiere un consentimiento humilde y generoso, muy alejado de todo tipo de voluntarismo. Dios se constituye en el reparador de una naturaleza deteriorada contando con el libre “sí” de la persona invitada al cambio. Es ilusorio proponer el cambio sin ofrecer el poder de producirlo. Nos encontramos ante hombres y mujeres incapaces de un cambio verdadero. Los ensayos fallidos han sembrado la historia humana de fracasos y desilusiones. Evidencian una ausencia profunda, sin solución al alcance de la mano del hombre, como una irreparable desconexión de su principio vital. El avance de la delincuencia, violenta y salvaje; y de perniciosos hábitos reñidos con la concordia y la paz, urgen una solución de fondo y definitiva. La dificultad de llegar a acuerdos, y de recomponer relaciones, indica que los hombres necesitamos aprovechar la gracia que nos ofrece Dios. Más allá de la incredulidad, que parece expresarse en múltiples e insospechadas formas contemporáneas, está la gracia del Redentor. Se ha producido el acontecimiento salvador en la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Su carácter es universal. Nadie, aunque se declare “ateo”, queda al margen de su acción eficaz. Basta que sea honesto y busque humildemente la Verdad.

4.- Fidelidad a la verdad. Finalmente la hallará en el anuncio que los testigos de la Pascua le transmitan. Eso siempre que mantenga íntegro el hábito de la fidelidad a la verdad cuando ésta se le manifieste. Al recibir el anuncio del Evangelio como Verdad, atestiguado por santos evangelizadores, le prestará ciertamente su honesto consentimiento. De allí se desprende el rol insustituible de la educación familiar y escolar. Crear el hábito de la fidelidad es una tarea oculta, imperceptible a simple vista e inalcanzable a corto plazo. En el combate casi callejero por imponer propios criterios, aún destruyendo indiscriminadamente a los eventuales adversarios, es una falla de la educación. No existe un sincero deseo por hallar la verdad, formulada por quien sea, e incorporarla al patrimonio común. Por ello el diálogo aparece como de sordos. Todos desean ser escuchados y nadie se dispone a escuchar a los otros. De esta manera aparecen como imposibles los acuerdos para construir consensos. Lo advertimos, con inocultable desazón, en tiempos de “campaña” electoral, como los actuales. Si todos – con sus aportes – se propusieran hallar los elementos necesarios para la redacción de auténticos proyectos políticos y económicos, ¡qué orden y bienestar se lograrían para la vida de los ciudadanos de la misma nación y provincia! El desafío sigue vigente. Recuerdo las esperanzas suscitadas en el empeño – no decaído – de un grupo de ONG y partidos políticos en la redacción de un pacto sólido de gobernabilidad. Su base era el diálogo, y la capacidad de valorar los diversos aportes de los convocados. Las dificultades, que aún persisten, resultan de la ardua tarea de ponerse de acuerdo y de respetar sus resultados.

5.- La obligatoriedad del diálogo. La voz del Evangelio, en la voz de la Iglesia, se convierte en una “ayuda memoria” del acontecimiento definitivamente instalado en la historia de los hombres – la Muerte y Resurrección de Jesucristo -; en esta historia, escrita penosa y esperanzadoramente por cada uno de nosotros, florece el diálogo honesto. Aún nos cuesta mucho resolver nuestras dificultades, personales y sectoriales, por vía del diálogo. Nos confesamos mutuamente esta carencia, por momentos insalvable, y no acertamos con el método más adecuado para superarla. No es el simple método, aunque ayude, sino la capacidad y la fortaleza para ser fieles al valor fundamental que perseguimos. Proclamar la autoría de unidad que Cristo desempeña es misión de una Iglesia que formula y celebra el Misterio Pascual. Es probable que nuestras palabras conciten sonrisas de compasión en quienes se han negado a la fe, o la han reducido a una antigüedad superada. Pero, ¡Cristo está vivo entre nosotros! Nos ofrece la

gracia, para un cambio del corazón, que logre hacer posible lo considerado imposible. El diálogo entre los diferentes, constituidos en enemigos irreconciliables, es posible y, por ello, obligatorio. El Mandamiento divino nos recuerda que es obligatorio amarnos como hermanos y amar a Dios como Padre. De otra manera rompemos en mil pedazos el único proyecto humanizador que se cumple en la Creación y en la Redención. Es preciso evitarlo.

---

[1]

Mateo 11, 25.

---

[Volver](#)